

Mujeres Chilenas Cuentan

Por María Carolina Geel

El comentario de este libro (*Mujeres Chilenas Cuentan*. Zig-Zag), cuya aparición debe elogiarse sin reservas por lo que significa en el bastante abandonado mundo de nuestra literatura, intenta reseñar, aunque sea de modo por demás sucinto, los relatos de cada una de sus componentes. El hecho de que se trate solamente de mujeres nos llevó a cotejarlo con otros de cuentistas con mayoría masculina, y podemos decir que la situación es bastante pareja: también aquí hay muy buenos y menos buenos.

El cuento que encabeza la serie, de Eliana Cerda, muestra cierto parentesco, aunque lejano, con el estilo ensañador de las obras de Chela Reyes, si bien en ésta la poesía es más cabal. La tonalidad irreal logra dar vida, aunque no "física" sino fantástica, al muchacho de ocho años que sueña con el mar, sueño que él define con un lenguaje tal vez demasiado literario.

Elena Aldunate hace quizás una década empezó a llamar nuestra atención al percibir en ella condiciones de escritora que sobrepasaban las de muchas... y de muchos. Para referirnos a las mismas conviene, en beneficio de la brevedad, usar los términos que no por manidos dejan de servir: tiene fuerza. No esa fuerza debida a un lenguaje rudo o rotundo que en algunos escritores aparece usándose nada más que para eso, para que se diga que tiene fuerza. Se trata acá del misterioso y nato poder de la expresión, poder que, como se sabe, lo otorgan los dioses, y con suma parsimonia, "por añadidura". En este cuento, aunque producto menor de la autora, obtiene lo fundamental, lo difícil: el ambiente, es decir, un ambiente patético, sostenido, concertante con el encuentro nostálgico de un ser de otro siglo.

(Queríamos hacer aquí una observación a la compiladora: la inadecuada colocación de tres cuentos consecutivos que hacen referencia a la lluvia. Se estorban, desazonan el oído interior del que lee).

Y pasamos, precisamente, al cuento de Chela Reyes. Tal como ella especifica con el subtítulo de *Sonata*, se trata más bien de impresiones sobre la casa junto al mar, unas voces, unas risas. Ese desarrollo poético, como siempre en esta autora, contiene pasajes de muy fina belleza.

Olga Arratia presenta una narración que, al menos sobre lo que le conocemos, nos parece lo mejor que ha escrito. *El Niño Grande* es de veras conmovedor, y su dulzura, su mansedumbre y su desdicha llegan, auténticas, al lector.

Contrariamente a la impresión que dejan los cuentos poemáticos de C. Reyes y E. Cerda, diría que Gabriela Lezaeta sobrepasa la realidad y de materializarla en exceso la inmoviliza como instantánea tomada al vuelo. Todo estilo desaparece a fuer de mucho estilar a la moderna, lo que resulta curioso ya que recordamos de esta autora una manifiesta capacidad de crearse su manera personal. Convergamos en que aquí se trata de una exposición humorística, aunque más bien sardónica, de las escenas que pueden rodear a alguien que está muriéndose; pero de todos modos, más que el relato de una escritora hecha y

derecha como lo es, parece el de una de esas personas, que abundan, y que se sientan a la máquina "a escribir un cuento" entre otros muchos menesteres que la solicitan. Esperamos otro fruto de esta autora, en el que no desestimaré una verdad incontrovertible: el humorismo, cuando quiere habitar de veras en el ámbito esquivo de la literatura, es uno de los más difíciles trabajos que ésta exige.

La escritora Virginia Cruzat describe paisajes con no se sabe bien qué nota original. No es la descripción poética que "concorre" a embellecer un paraje desde afuera hacia él. Podría ser, quizá, ese raro "reconocimiento" ancestral entre el espíritu de quien mira y la naturaleza que lo envuelve.

En el relato de Marcela Paz hallaremos desde la primera frase la firme mano de la autora que domina el arte de escribir; en el caso presente casi diríamos el arte de "redactar", como lo define a veces Borges sin ser muy explícito sobre el grado de sinonimia que da a ambos vocablos. Como sea, ella es aquí, también, dueña perfecta de su pluma. Mas... ocurre, a nuestro ver, que la virtud de ésta, verdadero portento cuando traspasa la sutilidad de ese velo que separa a la infancia del engorroso mundo de los adultos, aquí queda como detenida en seco. Y no es que ella sufra mengua ni pierda el giro airoso que la caracteriza. Podría decirse más bien que, por sobre esa virtud, el mundo adulto, aun bien observado por la autora, no llega a mover en ella la fibra misteriosa del don de recrear sobre una realidad. Aunque quiera tomarse como un símbolo al hombre voluntariamente recluso y a la romántica adolescente, uno y otro personaje no vibran, no salen de la página, no son... ¡Y cómo sí son los de sus maravillosos relatos infantiles!

Maité Allamand: buena escritora. Buen cuento criollo.

El relato de Elisa Serrana debe figurar en ciencia-ficción. Bien concebido y realizado, un lenguaje muy ágil lo lleva aceleradamente del comienzo al fin. Ahora, visto desde un punto estrictamente artístico-literario, podría decirse que la total ausencia de belleza retórica (ausencia que en cierto grado elogiamos) da a la forma de su relato una evidente, casi tangible frialdad. Por otra parte, ello podría valorarse como rasgo de una personalidad literaria bastante vital, resuelta, segura de sí. Muy bien, en tanto estas virtudes no la lleven a un envaramiento de la forma.

El lindo cuento de Alicia Morel es el mayor acierto que le conocemos. Al final, su heroína se abate con gran gentileza...

Marta Villanueva, la artista - escritora. Su narración asienta de lleno en el surrealismo concordante con una etapa de su pintura. Así, el desarrollo del cuento en su vaivén entre unos sucesos más o menos realistas y un clima onírico dominante, tiene una secuencia difícil de seguir por el lector medio. Diremos por nuestra parte que es de la forma misma, sin embargo, que emana una aguda sensación de angustia, un extraño círculo psicológico.